

MIGRACIÓN: RETOS Y RESPUESTAS

P. Fernando Vega Cuesta

Director de Pastoral Social de la Arquidiócesis de Cuenca–Ecuador

EL FENÓMENO DE LA MOVILIDAD HUMANA

A penas cuatro milenios de vida sedentaria, nos han hecho olvidar cientos de miles de años en los que el hombre era nómada y libre para deambular por el entonces ancho mundo libre de fronteras en búsqueda de espacios vitales donde la generosa naturaleza le proporcionara alimento y refugio. El descubrimiento de la agricultura dio comienzo al proceso sedentario y a la aparición del fenómeno urbano y con ello vinieron los estados y luego los imperios y también las fronteras y los consiguientes pasaportes y salvoconductos. Nuestros inquietos genes del nomadismo se volvieron poco a poco recesivos, dando paso a los genes dominantes del quieto burgués de la vida cómoda y bien instalada de la propiedad privada, de las patentes. Nos volvimos territoriales y como ciertos animales domésticos marcamos las esquinas con nuestros olores, colores y lenguajes a fin de dejar bien claro que esto es nuestro y solo nuestro.

Sin embargo, los acontecimientos de la historia contemporánea han hecho que aquellos genes inquietos salgan de su letargo y que hayamos asistido, a lo largo del siglo pasado, a un resurgir del fenómeno migratorio y poco a poco ha ido convirtiéndose en una de las notas que caracterizan los finales del pasado milenio y los comienzos del presente. El vertiginoso avance de las comunicaciones, por un lado, la explosión demográfica de los países del tercer mundo y los desequilibrios económicos de este mundo globalizado han constituido el escenario para que la migración se convierta en un fenómeno mundial que involucra, según datos conservadores, a ciento treinta millones de personas. Dadas las condiciones poblacionales y económicas presentes en el siglo pasado, este se va a caracterizar por la permanente movilidad de grandes sectores de los habitantes del planeta.

El austro ecuatoriano, desde hace décadas e incluso el país entero, en estos dos últimos años, se ha convertido en parte de es-

tos acontecimientos, convirtiéndose junto con otros países del área andina y centroamericana en un de los centros de mayor expulsión poblacional del mundo. En estos dos últimos años, casi no ha habido día en que la prensa nacional e incluso internacional, no hayan recogido noticias relativas al drama de los migrantes. Los reportajes sobre migración se han convertido ya en verdadero género periodístico. Sin embargo, la preocupación por el tema no pasa, hasta ahora, de la divulgación de los hechos, el análisis de las causas y las consecuencias, pero todavía no se constatan reacciones propositivas por parte de la sociedad y sus instituciones.

MIGRACIÓN: RIESGOS Y OPORTUNIDADES, PRESENTE Y FUTURO.

Aunque la “sustentabilidad” es un término perteneciente a la nueva terminología del desarrollo que respeta las condiciones medio ambientales incorporando al progreso parámetros de calidad de vida del ser humano y de su entorno, nos permitimos utilizar este término para diseñar el futuro del Ecuador donde la migración pueda contribuir a construir una sociedad con mejores posibilidades para la promoción de sus habitantes, especialmente de los del Austro donde la migración se experimenta con mayor fuerza. Hablar sobre el tema, implica, nos parece, dos cosas: 1) Denunciar la realidad de injusticia y explotación, a nivel nacional e internacional, que se da en torno al fenómeno migratorio y 2) mostrar, cómo el fenómeno migratorio puede convertirse en una oportunidad para crear un futuro viable y próspero en el contexto de un mundo globalizado más justo y más humano.

Al analizar los riesgos de la migración, además de los efectos negativos que ya se están produciendo habría que hacer una proyección a futuro: si las condiciones económicas del país no mejoran; si no se establecen leyes nacionales e internacionales de protección a los migrantes y sus familias; si no se diseñan políticas por parte del Estado y de los gobiernos locales: ciertamente la migración va a continuar aportando magros resultados positivos y los efectos negativos se van a profundizar. El escenario dentro de 10 años podría ser el de un Ecuador con una población que bordee el 40% en diáspora, una mafia de tráfico ilegal cada vez más organizada e inhumana, un país más que diezmado en su capaci-

dad de producción y de compra, una sociedad totalmente desarticulada desde la familia y el tejido social de las comunidades.

Al analizar las oportunidades, estas van a ser tales, solo en el supuesto de que quienes tienen que tomar las decisiones sobre el presente y futuro del país, lo hagan en el sentido de hacer viable la economía, la seguridad y la justicia para todos los ecuatorianos sometidos hasta ahora a un proceso de empobrecimiento permanente. El estado está en el deber de diseñar políticas que reactiven las economías de las mayorías que hoy no solo son los que están en extrema pobreza, sino la, antes, clase media que es la que está migrando y continuará haciéndolo. Las funciones del Estado deben crear al marco jurídico que impida la explotación de los migrantes; defender a los ciudadanos ecuatorianos en los países de destino mediante políticas internacionales que hagan posible un estatuto a favor de los migrantes y sus familias. Diseñar programas para atender a los sectores más golpeados por el fenómeno migratorio; luchar por el mantenimiento de los valores culturales de la patria.

Hasta ahora, muy poco o nada se ha hecho de todo lo que antecede y de continuar, tan solo, analizando causas y ventilando escandalosamente los atropellos cotidianos a través de la noticia sensacionalista, el futuro, es ciertamente muy oscuro. Es hora de que toda la sociedad ecuatoriana haga conciencia de lo que se está jugando en este asunto. Está de por medio, la dignidad del ciudadano ecuatoriano dentro y fuera del país, está en juego la estabilidad misma de la estructura familiar y comunitaria de la sociedad, la viabilidad del aparato productivo y el tamaño del mercadeo interno, en fin, el futuro cultural, económico y social del Ecuador. La sociedad y sus instituciones en todos sus niveles deberán comprometerse para tomar en serio el fenómeno migratorio, curar sus causas, minimizar sus efectos negativos y potenciar las posibilidades que presenta.

La Iglesia, desde su experiencia milenaria, desde su vivencia teológica, tiene un mensaje para el mundo de la migración y una práctica de solidaridad con los migrantes; doctrina y práctica que deben ser valoradas e incorporadas a la visión y misión de la construcción de un mundo globalizado donde haya más justicia y solidaridad. Desde su prehistoria de raíces hebreas y judías, la Igle-

sia ha aprendido que la naturaleza del ser humano no se realiza en una vida sedentaria en la que el único objetivo es defender el bienestar conseguido a costa del sufrimiento de los otros. El Antiguo Testamento es testigo de un proceso migratorio que duró mil años, desde que Abraham salió de Aram hasta que sus descendientes lograron instalarse en la tierra de Canaán. El pueblo de Israel da testimonio de sus experiencias de desarraigo, de destierro, vuelta a la patria, de diáspora, de enfrentamiento a los imperios, de lucha y resistencia cultural. A partir de allí, nuestros antepasados en la fe destilaron una teoría y una práctica de solidaridad y justicia: Dios es el defensor del migrante, el Estado debe proteger al extranjero, la hospitalidad y la solidaridad con el migrante, son partes sustanciales de una ética de justicia y solidaridad.

El Nuevo Testamento es fruto de la migración divina del Hijo que vino a poner su tienda de campaña entre nosotros. El evangelio de Cristo crucificado derribó las barreras de los nacionalismos xenófobos y excluyentes, haciendo de los pueblos uno solo; El evangelio de Cristo resucitado, derramó el Espíritu para crear el lenguaje común de la fe, la esperanza y el amor. Jesús puso los fundamentos de una Iglesia como comunidad alternativa donde nadie debe sentirse extranjero, sino hermano. Los discípulos de Jesús solo pueden sentirse extraños y desterrados, allí donde reina la injusticia y la falta de solidaridad, y por ello aspiran a una patria definitiva, a la que, con palabras de los apóstoles, denominaron “cielo nuevo y tierra nueva donde habite la justicia”. El cristianismo postula una ciudadanía universal, en la que todo hombre toda mujer, criatura e hijo/a de Dios tengan los mismos derechos, en la que todos los seres vivos tengan vida y vida abundante. La Iglesia misma se hizo migrante y misionera para llevar la Buena Nueva a todos los rincones de la tierra.

A lo largo de su historia milenaria y pesar de sus pecados, de los que Juan Pablo II nos ha enseñado a pedir perdón, la Iglesia Católica que ha llegado a comienzos de este tercer milenio ha desarrollado una riquísima doctrina sobre el mundo de la migración y ha desarrollado una pastoral de la migración. En todos los países del mundo la Iglesia defiende los derechos de los migrantes, los acompaña, los asiste. En Estados Unidos, España, Italia, nuestros compatriotas ecuatorianos encuentran en las Caritas, en

las parroquias, acogida, asesoría, solidaridad. ¿Qué sería de nuestros hermanos que viajan sin papeles a través de Centroamérica hacia el Norte, sin las casas de acogida, sin el socorro de tantas congregaciones religiosas que trabajan para hacer más llevadera la cruz del viaje? El documento pontificio “Iglesia en América”, fruto del primer Sínodo de las Américas, exhorta a las Conferencias Episcopales, a las Diócesis y a las parroquias a aunar esfuerzos para trabajar de modo más coordinado y eficaz a favor del mundo de la migración.

La Arquidiócesis de Cuenca ha sido pionera en el Ecuador en el trabajo a favor de los migrantes. Interpelada por la realidad de siglos y especialmente de las últimas décadas, ha sido sensible a la llamada de Dios a responder a las necesidades de su feligresía en permanente movimiento interno y externo. La Vicaría de Pastoral Social, apoyada por el Departamento de Movilidad Humana de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y hermanada con su similar de la Diócesis de Azogues ha desplegado un incesante trabajo con los migrantes, con sus familias. Durante cerca de una década ha sido la única instancia, el único paño de lágrimas de quienes han sufrido los efectos negativos de la migración. Dentro y fuera del país, ha sido la fe sencilla del pueblo en Cristo crucificado, su devoción a la Virgen María, lo que le ha sostenido y dado fuerzas para mantener la esperanza en medio de un mundo hostil, injusto y depredador del pobre.

El nuevo Plan de Pastoral de la Iglesia Ecuatoriana “Encuentro con Jesucristo Vivo” en su vertiente social: “Camino para la Solidaridad” reasume y no podría ser de otra manera, el compromiso de las diócesis y parroquias con el fenómeno de la movilidad humana en los siguientes términos: “Conocer la realidad migratoria interna y externa de nuestro país, impulsar el proyecto de pastoral de migrantes y encontrar acciones coordinadas, encaminadas a defender los derechos de los migrantes y brindar ayuda, acogida y acompañamiento a los migrantes y sus familias” (Línea pastoral # 21). Este compromiso se concreta en varios programas: Promover leyes nacionales y acuerdos internacionales que protejan los derechos y a la dignidad de los migrantes y sus familias (Programa #133); acompañar a los migrantes en el exterior, estableciendo redes de solidaridad entre diócesis y parroquias en otros

países (Programa # 134); impulsar la organización integradora de los migrantes para la defensa de la cultura y el desarrollo de la comunicación (Programa # 135); acompañar a las familias de los migrantes, procurando la reunificación familiar y atendiendo a los grupos más afectados mediante la solidaridad mutua (Programa # 136) fortalecer las instancias de acogida a los migrantes internos y externos que vienen a nuestro país (Programa #137); formación de agentes de pastoral especializados para la pastoral de migración (Programa # 138).

El departamento de Movilidad Humana de la Vicaría de Pastoral Social de la Arquidiócesis de Cuenca ha venido trabajando ya en todas estas propuestas y ciertamente el nuevo plan de pastoral, a nivel nacional, va reforzar su ánimo y realizaciones. El reto de la migración a la Iglesia del Azuay es sin duda el mayor de todos los retos pastorales, pero constituye también un reto para toda la sociedad y sus instancias públicas y privada. La Iglesia, sola podrá desarrollar una amplia acción de solidaridad, pero sin el concurso de Estado, de los poderes locales, de toda la sociedad organizada, no será posible avanzar en la línea de la justicia y será muy difícil esperar un futuro de estabilidad y progreso para el país y particularmente de la región austral.

DOCTRINA Y PRÁCTICA DE LA IGLESIA EN LA MIGRACIÓN

Un acercamiento a la doctrina y a la práctica pastoral de la Iglesia Universal, resulta indispensable para comprender toda la riqueza que inspira al qué hacer de la Vicaría de Pastoral Social de la Arquidiócesis de Cuenca.

“La Iglesia, por su naturaleza, es solidaria con el mundo de los emigrantes, los cuales con su movilidad, su variedad de lenguas, culturas y costumbres, le recuerdan su condición de pueblo peregrino desde todas la partes de la tierra hacia la patria definitiva” (Juan Pablo II. 1999). Esta cita, tomada del mensaje del Papa en el día mundial del migrante, pone de manifiesto a afinidad y empatía de la Iglesia con el fenómeno de la migración: La Iglesia, la parroquia, es en esencia una sociedad de extranjeros en tránsito hacia su patria definitiva: el Reino de Dios;

de ahí que la situación de los migrantes con sus esperanzas y sus problemas nos recuerden, a todos los cristianos, nuestra propia condición: no podemos instalarnos en este mundo; y no solo eso, nos llaman a conversión, a redescubrir las raíces de nuestra espiritualidad.

Y es que, en las raíces mismas de la experiencia religiosa del pueblo de Israel y de la Iglesia cristiana, nos encontramos con nómadas, desplazados, emigrantes, perseguidos, misioneros en permanente movimiento. La fe, el encuentro con Dios, con su proyecto, desinstala al sedentario, le saca de sus lugares conocidos, lo pone en marcha hacia nuevas tierras, lo enfrenta a nuevas culturas, le obliga a aprender lenguas nuevas; las mentes estrechas tienen que abrirse, los horizontes reducidos deben ensancharse para descubrir que la patria es el mundo y hay una sola familia humana viviendo en él y que el destino del mundo y de sus habitantes no se agota en sus propios límites, siempre hay un más allá.

Por ello, la Iglesia, en concordancia con la Biblia, valora positivamente la migración y defiende a los migrantes. La hospitalidad, la defensa del extranjero es parte fundamental de la ética del Antiguo Testamento; en el Deuteronomio 10,17–19 se lee: *“Él es el Dios soberano y poderoso, que no hace distinciones ni se deja comprar con regalos; que hace justicia al huérfano y a la viuda, y que ama y da alimento y vestido al extranjero que vive entre ustedes. Ustedes, pues, amen al extranjero, porque ustedes también fueron extranjeros en Egipto”*. La exigencia solidaria de la hospitalidad, que nació en las tiendas de los nómadas será el distintivo de las religiones monoteístas y de modo especial del cristianismo.

En los comienzos de nuestra fe cristiana nos encontramos con un Jesús migrante, desarraigado, libre y disponible para ir a donde el Padre Dios le llame y tal es la condición que exige también a sus discípulos. “El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt 8,20). “Y los envió de dos en dos”, sin más recursos que la fe y la esperanza. Un escrito cristiano del siglo II, describe así la vida de las comunidades de esa época: “Viven en su patria, pero como forasteros; participan en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros. Toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña... Viven en la tierra, pero son ciudadanos del cielo” (Carta a Diogneto V,1–9).

La historia de la Iglesia, abunda en testimonios de comunidades religiosas creadas para vivir los carismas de la solidaridad y la acogida a los migrantes y extranjeros, a los prisioneros y desplazados por las guerras. No es nada raro, pues, que cuando comenzaron los movimientos migratorios modernos, la voz de los Papas se haya levantado para animar y consolar, para defender los derechos de los migrantes frente a las injusticias y discriminaciones. En coherencia con su práctica milenaria los documentos del magisterio exhortan a las diócesis y a las parroquias a ser lugares de acogida y solidaridad para con los inmigrantes y a proveer de agentes de pastoral que acompañen a los emigrantes a sus lugares de destino.

Ya en la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891) encontramos una vigorosa defensa de los derechos de los trabajadores, cualesquiera sean sus condiciones, defensa que es plenamente válida para la situación de los migrantes. Pero será Pío XII en la constitución apostólica *Exul Familia* (1952), el Papa que aborde, de modo específico el problema de la migración, creando la figura de capellanes misioneros que acompañan a los migrantes, se abre la posibilidad de crear parroquias nacionales para atender a los migrantes de una misma lengua y nacionalidad. Juan XXIII en la *Pacem in Terris* (1963) reafirma el derecho de todo hombre a moverse con libertad y a exigir sus derechos en cualquier lugar de la comunidad mundial; en otro documento, *Mater et Magistra*, analiza las causas y exhorta a los gobiernos a paliar los sufrimientos de los campesinos que migran a las ciudades.

El Concilio Vaticano II (1962–1965) en la constitución *Gaudium et Spes* y en el Decreto *Christus Dominus*, aborda la problemática de la movilidad humana en el mundo contemporáneo, destacando su importancia y la atención que la sociedad y la Iglesia debe dar al fenómeno. A partir de allí Pablo VI, escribió su “motu proprio” *Pastoralis migratorum cura* (1969), donde se recuerda a los gobiernos el deber de crear puestos de trabajo, se reafirma el derecho a la migración y al mantenimiento de la unidad familiar y de la propia cultura y se revisa la estructura de la Iglesia para la atención de los migrantes. En este rubro se pide a las Conferencias Episcopales de los países de acogida, establecer Comisiones especiales para migrantes, oficinas y Vicarías dedicadas exclusi-

vamente a la atención de los migrantes, parroquias especialmente dedicadas a servir a las nacionalidades y lenguas de los migrantes.

Otro importante documento lo constituye la Carta de la Pontificia Comisión de la Migración titulada *“Iglesia y Movilidad Humana”* (1978) donde por primera vez se reconoce la magnitud de los fenómenos migratorios en el mundo contemporáneo: El Papa pide a la Iglesia responder con mayor movilidad a una humanidad en permanente movimiento. Se pide a la Iglesia y a las parroquias a convertirse en espacios de acogida y acompañamiento a los migrantes. Tópicos referentes a la migración han sido permanentemente recogidos por el magisterio de Juan Pablo II en sus varias encíclicas: *Laborem Excersens* (1981), *Familiaris Consortio* (1981), *De Sollicitudo Rei Socialis* (1985). *Ecclesia in America* (1998): El derecho a migrar, los derechos de los migrantes en los países de acogida, la necesidad de respuestas de conjunto en la comunidad internacional y por parte de la misma Iglesia son los temas más insistidos.

A todo este repertorio hay que añadir el magisterio de la Conferencias de Obispos latinoamericanos de Medellín (1968), Puebla (1979) y sobre todo, Santo Domingo (1992). A la luz de la doctrina y la práctica de la Iglesia, la Arquidiócesis de Cuenca ha dedicado especial atención al fenómeno migratorio. En sus análisis de la realidad pastoral se diagnostica la migración del Austro como uno de los problemas pastorales más importantes; de ahí que por intermedio de la Vicaría de Pastoral Social y de las parroquias de la diócesis se note un esfuerzo significativo por conocer y responder pastoralmente a la migración interna y externa.

La Pastoral Social de la Arquidiócesis de Cuenca ha liderado la campaña nacional que ha permitido visualizar el problema migratorio en sus causas y en sus efectos. En esta misma línea, permanentemente se ha denunciado la ausencia de políticas migratorias, los vacíos legales y la incapacidad de la función judicial para poner freno al tráfico ilegal de personas y castigar a “coyotes” y “chulqueros”, permitiendo el crecimiento y consolidación de una verdadera mafia que medra de la desesperación y pobreza de los migrantes. El departamento de Movilidad humana lucha por crear la conciencia social de que es necesario humanizar el proceso migratorio.

La Diócesis de Cuenca, ha sido pionera en enviar sacerdotes y laicos a los países de destino para acompañar a nuestros compatriotas; asimismo la diócesis propicia la visita de los párrocos a sus feligreses en el exterior. En el futuro se aspira a crear una verdadera red de comunicaciones entre los migrantes y sus familias, aprovechando la tecnología moderna de comunicaciones, así como estrechar los lazos de solidaridad entre las comunidades migrantes y sus lugares de origen. Las oficinas de la Pastoral Social están atentas a todo lo que pueda ocurrir con los migrantes en su intento de viajar a los países de destino para atender las necesidades de los que tienen problemas: arrestos, deportaciones, accidentes y muertes.

En nuestras parroquias, los párrocos dedican especial atención a los familiares que han quedado solos, especialmente, ancianos, mujeres y niños. Se organizan grupos de solidaridad y de apoyo mutuo. En algunos casos, como es el de la Cooperativa de Ahorro y Crédito “Jardín Azuayo”, se está canalizando la inversión de los recursos económicos de los migrantes hacia la producción y el desarrollo local. En fin, es bastante lo que se hace por ayudar y acompañar al migrante y a sus familias, pero es muy poco en relación con la magnitud del problema. Solo una acción conjunta del sector público y privado y de todos los agentes de la sociedad podrán crear las condiciones económicas que reviertan la tendencia a migrar y al mismo tiempo, modificar las condiciones de injusticia y explotación en las que se desenvuelve el fenómeno.

PROGRAMA DE SOLIDARIDAD CON LOS MIGRANTES Y SUS FAMILIAS

Siendo el fenómeno migratorio el problema más grave y urgente de la comunidad azuaya, la Iglesia de Cuenca no puede permanecer impasible ante los retos pastorales que se derivan del mismo. Por ello, respondiendo a las directrices de los planes de pastoral, del último sínodo arquidiocesano, de la exhortación apostólica “Iglesia en América” y de la Doctrina Social de la Iglesia, la Vicaría de Pastoral Social ha elaborado la propuesta de un **Programa de solidaridad con los migrantes y sus familias**, programa que contempla varios proyectos encaminados a acompañar pastoralmente el fenómeno migratorio, potenciando sus posibilida-

des y paliando sus consecuencias negativas. Dicho programa, para que pueda realizarse, requiere del conocimiento y el apoyo de toda la comunidad, especialmente de los párrocos y por supuesto de los mismos migrantes y sus familiares.

REALIDAD QUE QUEREMOS AFRONTAR

La realidad de migración que viven hoy nuestras comunidades y familias puede describirse en breves rasgos de la siguiente manera: El austro, por no decir ya el Ecuador entero, es y lo será por mucho tiempo un espacio de permanente movilidad poblacional. No es una locura pensar que en el lapso de los próximos 10 años, la población de ecuatorianos fuera del territorio nacional pueda irse acercando al 50%. Tenemos que aceptar el hecho de que la nación ecuatoriana es y va a ser una nación en dispersión, viviendo en los más diversos países del mundo. Si queremos mantener la identidad nacional, cultural y religiosa de nuestros hermanos ecuatorianos y azuayos y si queremos mantener la unidad afectiva y efectiva de los que salen con los que se quedan deberemos diseñar una pastoral globalizante que involucre a todos.

Siendo la migración una realidad que implica trabajar con los que se quedan, pero también con los que salen a vivir en otros países, el trabajo pastoral de migración tiene que afrontar problemas estructurales dentro del propio Ecuador, ni se diga de los otros países que se van convirtiendo en segundas patrias para nuestros compatriotas. Ello implica que la Iglesia debe trabajar a los más altos niveles de los estados para conseguir, políticas, leyes y condiciones que permitan sustraer el fenómeno migratorio de las garras de las mafias del tráfico ilegal de personas, acompañar las luchas de los migrantes por sus derechos en los países de destino y ayudar a los familiares pobres, que no puede salir del país y que se han quedado sin amparo, para que puedan sobrevivir en mejores condiciones y oportunidades.

La situación de un 70% de los ecuatorianos dentro del País, en el marco de las crisis, es conocida de todos y apenas es necesario abundar en descripciones: empobrecimiento, desempleo, alto costo de la vida, inaccesibilidad a los derechos fundamentales de salud, educación, trabajo y vivienda. A ello hay que añadir los

efectos negativos de la migración, sobre todo en el Azuay, familias destrozadas, niños y ancianos abandonados, mujeres solas endeudadas, jóvenes desorientados. Últimamente se constata un decrecimiento de la oferta de mano de obra calificada en albañilería, carpintería y otras artes necesarias para el desarrollo local.

En los países de destino, salvo los migrantes más antiguos, que han logrado la residencia y se han estabilizado, la mayoría de los migrantes se encuentran en situación de irregularidad (ilegalidad), explotación y hasta de clandestinidad. Las organizaciones son incipientes y fragmentarias y muchas veces no cuentan con la confianza de los compatriotas. Es necesaria una mayor presencia de los ecuatorianos en las parroquias, lograr mayores espacios de participación y peso en los consejos pastorales todavía dominados por una minoría anglosajona. Las devociones populares a la Virgen María aglutinan a muchos fieles pero no van más allá de las tradicionales fiestas sin mayor trascendencia pastoral. Evangelizar Norteamérica es el desafío que tenemos que afrontar los cristianos hispanos.

Cada vez es más grave el problema de quienes fracasan en el intento de llegar a Estados Unidos y Europa por la vía ilegal, creciendo de día en día el número de detenidos, deportados e incluso de fallecidos en diversos accidentes de viaje, de trabajo y por enfermedades, cuyos cadáveres son repatriados a elevados costos. Las necesidades de comunicación para ayudar en todos estos casos demandan de presupuestos que están fuera del alcance de la Pastoral Social, que al no poder obviarlos menguan nuestros escasos recursos para la ayuda social más directa con los miles de pobres que demandan de nuestro apoyo.

La organización, la comunicación y la solidaridad parecen ser los tres ejes de trabajo pastoral que pueden ayudarnos a diseñar una pastoral que acompañe el fenómeno migratorio. Tanto dentro como fuera del país, la debilidad de las familias involucradas en la migración radica en la falta de organización, comunicación y solidaridad. Las situaciones críticas de los más pobres acentúan las condiciones de individualismo, incomunicación e insolidaridad. Por ello nuestros proyectos pastorales deberán trabajar fuertemente estos aspectos si queremos tener un impacto significativo en la mejora de la situación de los migrantes y sus fami-

lias. En cada caso concreto, habrá que enfatizar uno u otro de los aspectos, pero sin descuidar los otros.

PROYECTOS DEL PROGRAMA DE SOLIDARIDAD CON LOS MIGRANTES

Los proyectos del programa de solidaridad tratan de atender las necesidades de los migrantes y sus familias, tanto de los que han logrado migrar, como de los que se han quedado o han fracasado en el intento, tratando de preparar y propiciar la reunificación familiar.

En Canadá y Estados Unidos, la Pastoral Social de la Arquidiócesis de Cuenca pretende llevar a cabo un **PRIMER PROYECTO** ambicioso de “**Pastorales Sociales parroquiales**” con la comunidad Ecuatoriana para impulsar la organización de los migrantes y apoyar sus luchas por sus derechos y por conseguir una mayor presencia de los ecuatorianos en la sociedad y en las parroquias. Las bases de este proyecto estarán constituidas por los **Comités de Solidaridad** formados en los barrios y en las parroquias de Toronto y Nueva York, para comenzar, ya que esperamos que la organización vaya creciendo a otras ciudades y países. Estos comités son pequeños grupos, que aprovechando los espacios de amistad, trabajo, devociones, diversión etc. se organizan con varios **objetivos**: a) tener mayor presencia en las parroquias participando en ellas con todos sus derechos y obligaciones; b) prestar servicios de solidaridad a los recién llegados y a quienes por cualquier razón han sufrido alguna desgracia; c) mantener vivas las tradiciones culturales y religiosas del pueblo; d) sumarse a la lucha por los derechos de los migrantes y e) colaborar con los proyectos de solidaridad a ejecutarse por medio de la Pastoral Social de la Arquidiócesis de Cuenca, en el Ecuador. No es obligatorio que los Comités de Solidaridad asuman desde el principio todos estos objetivos, pero es deseable que poco a poco lo vayan haciendo.

Para ir estructurando la organización, los distintos Comités de Solidaridad se irán coordinando en zonas o distritos y a su vez estas zonas o distritos tendrán con el tiempo una coordinación general. Para apoyar y animar el proyecto organizativo aspiramos a poder contar con un **Centro Ecuatoriano de Solidaridad**, que en

coordinación con la Parroquia de San Lorenzo en Toronto y de Pastoral Hispana en Nueva York (Mons. Jusu Iriondo), puedan desarrollar acciones de capacitación, información, asistencia legal, etc. Para todo ello nos puede servir de modelo la Organización Mejicana del Tepeyac y el Centro Guadalupe.

Para todo esto es necesario ir conformando un equipo constituido por un sacerdote o religioso/a y uno o dos seglares, que pueda llevar adelante el mencionado centro. Por medio de este centro y en coordinación con la Pastoral Hispana, la Arquidiócesis de Cuenca podría proveer de los agentes de pastoral laicos para el mejor desarrollo de la pastoral en parroquias. Hay que procurar la reintegración a la vida parroquial a tantos catequistas y animadores que antes de su salida al exterior fueron tan activos y comprometidos. En este centro se coordinarían además todos los asuntos relativos a los demás proyectos del programa.

Un **SEGUNDO PROYECTO** que hemos titulado “**Acortando distancias**” está destinado a unir las comunidades y las familias de los migrantes entre sí. Así por ejemplo los migrantes de Girón con Girón, los de Gualaceo con Gualaceo, etc. y sus familias respectivas. De igual manera, tener una permanente comunicación entre la Pastoral Social de Cuenca con todos los Comités de Solidaridad. Este proyecto es un proyecto de comunicación utilizando las posibilidades que brinda la tecnología moderna de la comunicación por medio del Internet. La idea es crear acá, en Pastoral Social y en las Parroquias de mayor migración pequeños centros de comunicación computarizada con el servicio de Internet, con una persona que lo maneje en determinados días y horas. De igual manera, en Toronto, Nueva York y más adelante en España o Italia, en las parroquias, negocios o casas de vecinos se podrá implementar el servicio de Internet al que tanto allá como acá la gente pobre pueda acceder a una comunicación más rápida y barata; aprovechando esta red de comunicaciones podremos hacer nos llegar boletines, noticias, etc. Las posibilidades son muy grandes.

Nuestra aspiración es llegar a realizar videoconferencias mediante las cuales los familiares puedan verse y hablarse a través de la pantalla de la computadora. De momento, la limitación para esta última aspiración es la deficiente tecnología que tene-

mos acá, ya que se necesitaría el servicio de fibra óptica que en el Ecuador es un privilegio muy escaso. Este proyecto de comunicación estará sustentado también por una red de Páginas Web que permitirán estar informados de todo lo que pasa aquí y allá. En el futuro podrán ofrecerse oportunidades de trabajo, inversión y quién sabe qué cosas más. Estamos seguros que este proyecto después de una primera inversión podrá ser autosustentable ya que los mismos usuarios se encargarán de financiarlo pagando los pequeños costos del servicio, en comparación con los que brindan las agencias telefónicas y de correo.

El ***TERCER PROYECTO*** que podríamos titular “**Familias con esperanza**” es un proyecto de solidaridad con las familias más pobres de nuestras comunidades más golpeadas por la migración, especialmente a favor de los niños, los ancianos, los enfermos, a las mujeres y jóvenes. Este proyecto tiene como objetivos asegurar la alimentación y la salud de los niños, ancianos y enfermos por medio de boticas, tiendas y comedores populares y brindar apoyo a mujeres y jóvenes con capacitación y crédito para microempresas que permitan mejorar las condiciones de vida y las oportunidades de la gente en edad productiva. En algunos casos, y cuando sea necesario, también el proyecto podrá apoyar a la construcción de alguna infraestructura que sea indispensable para mejorar las posibilidades de una comunidad. Además estos proyectos no estarán aislados sino que serán parte de las propuestas de desarrollo de los cantones y parroquias y no estarán al capricho de cualquiera sino que serán escogidos y controlados por la propia comunidad y por las pastorales sociales parroquiales de allá y de acá. Este proyecto permitirá estrechar los lazos de amor y solidaridad entre los ecuatorianos que están fuera y sus comunidades en el Ecuador, haciendo nuestra fe más viva y comprometida.

Para consolidar la pastoral con los migrantes debemos impulsar en Cuenca “**La casa del migrante**” que será con el tiempo el espacio y la infraestructura de la diócesis para trabajar la movilidad interna y externa. Estamos a punto de conseguir que el Municipio de Cuenca nos done un terreno para el efecto y contamos con el apoyo de Mons. Cisneros que está muy empeñado y preo-

cupado por el tema de la migración. Seguramente podremos gestionar recursos económicos de las Iglesias de Europa para redondear este proyecto que demandará de gastos económicos fuertes.

Todos estos proyectos serán financiados por **La Campaña Permanente del “Dólar Solidario”**, que se llevará adelante tanto aquí en el Ecuador, como entre los migrantes en Canadá, Estados Unidos y más adelante en otros países. Llevar adelante esta campaña será una de las tareas importantes de nuestras Pastorales Sociales parroquiales del Azuay y de los Comités de Solidaridad de Canadá y Estados Unidos. Cada comité verá la manera más oportuna de recaudar este dólar de la solidaridad con los pobres del Ecuador, ya sea mediante contribuciones mensuales, anuales o esporádicas, bien sea mediante la realización de bingos u otras actividades legítimas. Los fondos recaudados serán depositados en una sola cuenta de Pastoral Social y se llevará un estricto control del origen y destino de dichos fondos; desde esa cuenta la Pastoral Social proveerá los recursos financieros para los distintos proyectos que hayan sido discutidos y aprobados. La Pastoral Social mantendrá permanentemente informados a los Comités de Solidaridad de la marcha de los proyectos mediante un boletín mensual que circulará vía Internet y rendirá cuentas mediante un informe anual mediante la edición de un folleto con todos los datos económicos.

POLÍTICAS Y ESTRATEGIAS DEL PROGRAMA

El éxito del funcionamiento del Programa tiene como condiciones la integralidad del mismo, la participación y el compromiso de todos los actores y su permanencia en el tiempo. Cada uno de los tres proyectos está íntimamente relacionado con los otros, de manera que el no apoyar a uno de ellos hará que fracase todo el programa; por ello, es indispensable la participación activa de los párrocos y las parroquias de nuestra Arquidiócesis en coordinación con la Pastoral Social, así como la progresiva incorporación del mayor número de migrantes en el exterior; por otra parte, no hay que esperar resultados espectaculares a corto plazo, será necesaria la voluntad de mantener un trabajo constante para que a mediano y largo plazo puedan verse los resultados. Asimismo, pa-

ra asegurar el éxito del programa son necesarias algunas otras estrategias y políticas que describimos brevemente a continuación.

TRANSPARENCIA, INFORMACIÓN Y PARTICIPACIÓN:

Tratándose de un programa que trata de fusionar intereses de muchos actores individuales y colectivos, y en los que están en juego recursos económicos, es necesaria una permanente información, con total transparencia a fin de que la confianza se mantenga sin sombra de dudas; asimismo, la participación de todos es importante no solo a la hora de aportar, sino también en los espacios de construcción creativa de los proyectos y de las tomas de decisión.

RESPECTO, COLABORACIÓN E INDEPENDENCIA CON LAS PARROQUIAS: Hemos de ser conscientes de que el trabajo del programa en las parroquias de Canadá y Estados Unidos es delicado: los párrocos suelen ser muy celosos y suspicaces. Por ello los Comités de Solidaridad deberán ganarse y mantener relaciones de confianza con sus respectivos pastores, en los casos en los que haya apertura. Cuando esto no sea posible, será mejor que los Comités funcionen más independientes y aprovechen los espacios de libre asociación que brinda la sociedad Norteamericana. El Centro de Solidaridad Ecuatoriana deberá mantener las mejores relaciones y apoyarse en las instancias de Pastoral Hispana de las diócesis que brinden apertura. Respetar las jurisdicciones diocesanas es muy importante para no crear resistencias.

RELACIÓN CON OTRAS ORGANIZACIONES DE ECUATORIANOS: Hay que valorar todo espacio de organización ya existente, sin entrar a competir ni a suplantar. Puede ser que no sea necesario crear un Comité de Solidaridad, allí donde ya haya otra organización que tenga credibilidad y goce de la confianza de la comunidad. Será mejor entusiasmarlos a sumarse a las propuestas del programa y hacerles sentir que les apoyamos en sus objetivos siempre que sean legítimos. Por ejemplo, estamos pensando en los Comités Cívicos, en clubes deportivos, asociaciones de sacerdotes, etc. Con los grupos de oración de la Renovación o de las Jornadas de vida cristiana, la actitud de los Comités de Solidaridad no debe ser criticar sino motivar a acoger y enriquecer los ca-

rismas que ya poseen, con el don de la Solidaridad que es muy importante en la Biblia.

RELACIÓN CON MIGRANTES ECUATORIANOS E HISPANOS: Deberemos tener siempre presente que las propuestas de nuestro programa, si bien es una iniciativa de la Arquidiócesis de Cuenca, para apoyar preferentemente a los migrantes azuayos, hemos de estar abiertos y sensibles a las necesidades de otras provincias, sobre todo cuando ocurren desastres que requieren de una respuesta solidaria. De igual manera nuestro trabajo se inscribe dentro de los horizontes de la Comunidad Hispana y estar abiertos a una integración mayor, para apoyar las luchas reivindicatorias de la gran familia Hispana y Caribeña. Si nuestro trabajo sirve de inspiración y motivación para que otras comunidades de migrantes sigan el ejemplo, tanto mejor, no debemos ser exclusivistas; de hecho la experiencia mejicana del Tepeyac nos ayuda a nosotros.

CARÁCTER ECUMÉNICO: Otra característica del programa debe ser el carácter ecuménico del mismo; de hecho así ha nacido, gracias a la cooperación de Hernán Astudillo de la Iglesia Anglicana de Toronto. Hemos de tener muy claro que el campo de la Pastoral Social es un espacio muy fecundo para el encuentro y el trabajo de conjunto con otras Iglesias cristianas, aun con comunidades no cristianas, comprometidas en el proyecto liberador del Evangelio y del servicio a los más pobres. En la fidelidad al Evangelio nos encontramos. Nuestros adversarios están a veces, más bien dentro de nuestras propias Iglesias cuando predicán y practican una religión espiritualista que rechace el compromiso social.

UNA MAYOR PRESENCIA DE LA IGLESIA DE CUENCA: Será imprescindible una mayor presencia de la Iglesia de Cuenca en los lugares de mayor migración. Sería ideal contar con un sacerdote que pueda estar en constante movimiento entre Ecuador y los distintos países de migración, que aliente el Centro de Solidaridad Ecuatoriano y asesore todo el movimiento que va resultar. Debemos garantizar por lo menos una visita al año por parte de la Vicaría de Pastoral Social de Cuenca. Mons. Cisneros está de

acuerdo en aprovechar todas las visitas de los párrocos de la diócesis, que invitados por sus feligreses viajan a los EE.UU. o a otros países. Estas visitas deberán ser debidamente coordinadas con la Pastoral Social y deben incluir algunas acciones que tiendan a fortalecer el programa, además del contacto personal con las familias, cosa que es muy loable pastoralmente. No queremos francotiradores haciendo su propia guerra.

SOLIDARIDAD ENTRE IGLESIAS: Los documentos de la Iglesia Católica, especialmente en “Iglesia en América” piden a las Iglesias del norte y del sur del Continente, estrechar sus lazos en torno a problemas comunes; exhortan a los cristianos a promover la solidaridad pastoral y económica. A futuro sería interesante el poder realizar encuentros pastorales, también recibir en Ecuador la visita de obispos, pastores y laicos de las parroquias con gran número de ecuatorianos. Leer y estudiar el documento al que aludimos es muy importante para tener argumentos a la hora de hablar con la Jerarquía del Norte, siempre tan prudente y conservadora. Mons. Iriondo hablaba de la posibilidad de que proveamos desde Cuenca, agentes de pastoral laicos para ir fortaleciendo la pastoral hispana; hablamos de la posibilidad de apoyar en la formación de catequistas y animadores en la Arquidiócesis de Nueva York.

SOLIDARIDAD: EXPRESIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN: Cuando el Papa pide que la nueva evangelización tenga nuevas expresiones, estas se concretan en la solidaridad. Nuestros cristianos siempre han sido muy generosos con su dinero tratándose de priestazgos, fiestas y construcciones de capillas. Muchas veces, incluso, se ha manipulado la religiosidad de la gente por parte de ciertos clérigos sapos. Ahora se trata de canalizar algo de esa generosidad hacia la solidaridad con los hermanos. Ahora ya no se trata tanto de coronar a la Virgen con oro y vestirla con púrpura sino de defender la dignidad y remediar la desnudez y hambre de sus hijos.

UN SUEÑO CONSTRUIDO POR TODOS QUE EMPIEZA A SER REALIDAD

Queremos insistir que este programa solo será posible si todos asumimos la propuesta y sumamos esfuerzos para que se haga realidad. Animados por un espíritu común y evitando protagonismos individualistas, hay gran espacio para la creatividad comunitaria, todas las iniciativas y opiniones serán bienvenidas en la medida que apunten para fortalecer y mejorar los proyectos. Creemos que el Papá Dios nos dará el Espíritu de su Hijo Jesús y las gracias suficientes para hacer realidad el Evangelio; para llevar adelante el gran reto de una Nueva Evangelización que responda a los retos de la realidad que vivimos.

Felizmente el sueño empieza a ser compartido por muchos y, gracias a ello, comienza también a hacerse una realidad. A nivel local se prepara un convenio con los municipios y a fin de que el Proyecto “Casa del Migrante” involucre a los poderes locales en la creación de un futuro viable para el Austro. Dicho proyecto tendría contrapartes en los países de destino, como es el caso de la “Casa de Ecuador” propuesta por el Cónsul de Ecuador en Murcia. Está en marcha un ambicioso proyecto en el que participan: Caritas Española, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, el FEPP y otras instituciones, proyecto que contempla un componente de comunicación entre los migrantes en España con sus familias en Ecuador, recogiendo los planteamientos de la Pastoral Social. Los demás componentes del proyecto miran a la asistencia legal y psicológica de los migrantes y las familias que lo necesiten; a la creación de una banca ética para captación de ahorros y transferencia de divisas en condiciones ventajosas para los migrantes; canalización de fondos y asesoría para inversión en la zona para reactivación de la economía local. Estamos a punto de firmar con la Mutualista Azuay un convenio para cambio de deuda usurera por deuda bancaria, lo que constituye la primera medida para frenar la especulación y explotación de los *“chulqueros”*.

Esperamos que estas primeras concreciones sirvan de estímulo a toda la sociedad para que vayamos dando respuestas al fenómeno migratorio y podamos construir un futuro en el que la migración sea no ya un problema sino una oportunidad.